José Pablo Feinmann

Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

44 El acontecimiento Aramburu (II)



Suplemento especial de
Página|12

EL ACONTECIMIENTO ARMA SU PROPIA TELEOLOGIA

Sería sencillo ceder a una tentación frecuente: que la historia tiene un sentido lineal, que de unos hechos se siguen necesariamente otros, y que, entre todos ellos, van tramando un relato, una narración que los ordena con un sentido finalista, necesario. A esto se le llama *teleología*. Un estudio de los fines de la historia, de su *finalidad*. Nos sería sencillo armar una narración inmanente y necesaria entre el fusilamiento de Valle y la muerte de Aramburu. Sería así: alejado Juan Perón del gobierno por el golpe oligárquico-militar, el pueblo peronista queda a la intemperie, sometido a la represión del poder gorila. Su primera rebelión importante es el golpe del 9 de junio de 1955. El golpe de Valle. Este golpe es necesario resultado del golpe del '55, que expulsa a Perón del poder. Se realiza, también, porque el pueblo está desamparado y sometido a la represión. Porque el líder está exiliado y el cadáver de Eva, desaparecido. Internamente estos hechos van provocando otros, que se desprenden *necesariamente* de ellos. Valle se levanta contra el aramburato. Fracasa y es fusilado. La Libertadora, exhibiendo su rostro asesino, derrama sangre inocente: la de los fusilados en José León Suárez. Esta sangre, desde este lugar, José León Suárez, pedirá no ser nunca negociada. No se bajarán nunca las banderas por las que esa sangre se derramó. Esta determinación se desprende *necesariamente* del crimen clandestino. Valle, en una carta a Aramburu, le dice: *asesino*. Graba esa palabra en la frente de su verdugo, esa palabra lo señala, es una mancha imborrable que lo arroja a los tiempos futuros como un marcado, como alguien que carga sobre sí un crimen infame, un crimen que reclama reparación. La derrota de este primer intento armado peronista produce el endurecimiento de los sectores obreros. El régimen no es proclive al diálogo y se empecina en no legalizar al peronismo. De este hecho se deduce *necesariamente* que el peronismo deberá luchar por conseguir su legitimación, que se expresará en la consigna que pide el regreso del general Perón. La huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre es la decisión de los obreros de no integrarse al régimen salvo que se respete su identidad política. Se los reprime fuertemente. Frondizi ha llegado al gobierno con los votos peronistas, pero no puede gobernar para el peronismo y para los gorilas (militares y civiles). Llegó al gobierno porque el Ejército Gorila se lo permitió. El Maquiavelo argentino creyó poder usar y burlar a todos. *Consecuencia necesaria*: lo sacan a patadas los propios militares. Porque Frondizi, por sus compromisos con el peronismo, permite elecciones libres en las provincias. *Consecuencia necesaria*: gana el peronismo. *Consecuencia necesaria*: los militares echan a Frondizi. Ellos lo pusieron ahí para cubrir la fachada democrática del país sin que el peronismo fuera legalizado. El proyecto del Ejército Gorila es: una democracia *sin* peronismo. Este proyecto es *necesariamente* imposible porque la mayoría de los obreros y de los pobres del país son peronistas. La narración sigue su curso lógico, su trama interna. Es una fuerza que va encadenando racionalmente los hechos. Lo que ocurre explica lo que ocurrirá y para entender lo que por fin ocurrió hay que remitirse a lo que antes había ocurrido, pues lo-que-ocurrió es su lógico y necesario resultado. Eliminado Frondizi, el Ejército Gorila intenta seguir cubriendo la fachada civil-democrática. Pero hay un factor que el Ejército Gorila *sustrae* y esta *sustracción* le impide democratizar el país, ya que el Ejército Gorila persigue un imposible: una democracia *sin* peronismo. Quiere *extirparle* el peronismo a la democracia, tarea que pareciera no ser posible. No obstante, insiste. Hay un momento en que el relato pareciera tener la autonomía, el azar, la imprevisión, de ceder a dos posibilidades. Si hay dos posibilidades se elimina el relato único, el devenir *necesario* de la historia. ¿Cuáles eran aquí las dos posibilidades? El 29 de marzo de 1962, Frondizi es arrestado en Olivos y lo tiran en Martín García. (Luego Frondizi hará de esto su *punto de honor*. Sólo tres presidentes –dirá– estuvieron en Martín García: Yrigoyen, Perón y él. Pero a él lo llevaron de mala manera. Como un esbirro que había hecho mal los deberes.) *El país se queda sin presidente*. Es un día que muchos comparan con el de "la anarquía del año '20". Los diarios de la tarde sacan titulares catástrofe: *¿Quién gobierna?* Lo cierto es que entre las 5 de la mañana y las 5 de la tarde el país está sin presidente. Aquí se dan los dos surcos diferenciados del relato: 1) El comandante del Ejército, general Raúl Poggi (que le había pedido a Frondizi, de modo altisonante y hasta brutal, su renuncia), quiere asumir la Presidencia. Es más: ya se sienta en el sillón de Rivadavia; 2) El Ejército Gorila encuentra a un nuevo civil obediente. Al cabo, si el Presidente *se tiene que ir* y hay un presidente del Senado, lo totalmente constitucional es que sea éste quien asuma la Presidencia. El presidente del Senado es un hombre pequeño (en todo sentido), endeble, con lentes y una enorme capacidad de sumisión. Sin embargo, algunos lo ven como el salvador de la democracia argentina. ¡Ya se estaba por sentar el ambicioso Poggi en el sillón presidencial y gracias a este civil honesto que es Guido seguimos teniendo democracia! Muchos razonaban así. La clase media sobre todo, claro. La oligarquía habría querido colgar a Frondizi y luego bombardear la CGT y los barrios obreros en el mejor estilo junio '55. Pero el Ejército Gorila triunfa: quieren ser democráticos. Hay que tener claro que los norteamericanos acababan de hacer derrocar a las dictaduras del '50, todavía querían que se buscara una solución democrática. *Era la temporalidad-Kennedy*. El relato, entonces, no se bifurca. Sigue su línea recta. Ya veremos hacia dónde. Esa línea insiste en el siguiente esquema: gobierno civil sin representatividad alguna pero con exclusión del peronismo. Empieza a gobernar Guido. Lateralmente hay un hecho cuya enorme proyección futura ignoramos: se acusa al Movimiento Nacionalista Tacuara del secuestro y tortura de la joven judía Graciela Narcisa Sirota, que tiene 19 años. Por otra parte, el 23 de agosto (1962) la Policía de Guido y el Ejército Gorila detienen al dirigente metalúrgico Felipe Vallese. Lo torturan hasta matarlo. Se convierte en un símbolo de la Resistencia Peronista. El 29 de agosto de 1963, otro hecho, por ahora lateral: los muchachos nazis, antisemitas de "Tacuara", asaltan el Policlínico Bancario y se llevan 14 millones de pesos. Uno de ellos, José Luis Nell. Cooke habrá de defenderlo. Su evolución política requerirá toda nuestra esforzada comprensión, a veces extenuante. El 12 de octubre de 1963 asume Illia. Ya conocemos el esquema: "Te ponemos ahí porque necesitamos la farsa democrática. Vas a conservar ese puesto mientras no hagas nada que pueda llevar al peronismo a meterse en 'nuestra' democracia. No te la creas. Te pusimos y te sacamos cuando queremos". El ministro de Economía de Illia es... ¡Eugenio Blanco! El que fue ministro de Hacienda de Aramburu. El que dijo: "Vuelve la Argentina de nuestros padres y nuestros abuelos". Con ellos fue a reunirse al año siguiente: muere en 1964. Perón vuelve a la Argentina. El 2 de diciembre de 1964 se frustra su propósito. Responsables: todos. El Ejército Gorila, el canciller de Illia Zavala Ortiz (por consiguiente: Illia, los radicales), los Estados Unidos y la dictadura brasileña. Aquí, el relato pudo haberse alterado seriamente. Supongamos: Perón regresa al país, se instala provisoriamente en la CGT y empieza a reorganizar el partido peronista. Illia (al fin y al cabo, el "viejito bueno") renuncia y convoca a nuevas elecciones verdaderamente democráticas. La Marina se pone en pie de guerra pero el Ejército la frena y advierte que es posible una pacificación profunda, honesta, con el peronismo. Este relato no sucedió. ¿Era *necesario* que no sucediera o podría haber sucedido? ¿Hay algo *necesario* en la historia? Todo sigue igual. Illia gobierna hasta que unos resultados preocupan excesivamente a los militares: el 29 de mayo de 1966, a pocos días del golpe, hay elecciones en la Legislatura de Catamarca. Ya se sabe cómo funciona este país: cada resultado, grande o pequeño, prefigura el futuro de modo inapelable. Gana la Unión Justicialista con 27.156 sufragios. Horror. El general Pistarini, jefe del Ejército, ya casi anuncia el golpe. Todos lo saben, pero nadie lo sanciona. Pistarini, tranquilo. No pueden sancionarlo: son hijos, lacayos suyos, han sido puestos ahí para que eviten precisamente lo que ocurrió en Catamarca, el triunfo del justicialismo. Si no pueden, deben irse. El 3 de junio Illia declara que su gobierno puede resistir cualquier golpe de Estado. El del 28 de junio, no. Asume Onganía. Lo hace el día 29. Un mes después, el 29 de julio, interviene las universidades y se produce "la noche de los bastones largos". La negra noche de la Universidad argentina. Pero, ¡qué importa eso! Al día siguiente se inaugura la 100ª exposición, en Palermo, de la Sociedad Rural Argentina. A ver si está claro: *al día siguiente de la sangrienta intervención a las universidades.* Onganía llega al lugar en *carroza*. Yo, lo juro, todavía lo veo: era la forma más perfecta de la injuria, de la burla. Una carroza real y, dentro de ella, el nuevo Uriburu, paladín del anticomunismo, católico cavernícola, amigo fervoroso de los Estados Unidos, gorila ignorante, bruto y violento. La carroza dio toda una larga vuelta –un círculo perfecto– al predio de la Rural. En las tribunas, la oligarquía había despegado sus multimillonarios culos de las butacas, es decir: se había puesto de pie, y aplaudía apasionadamente al nuevo salvador de la patria y sus negocios. Algunos cagatintas de hoy son acaso demasiado jóvenes para haber vivido estas cosas, de aquí el súbito enamoramiento que han experimentado por ese símbolo patrio que es la Sociedad Rural. Hacen bien: ahí, de ese lado, *no se pierde nunca*. Sabemos cómo sigue el relato: Onganía consagra el país a la Virgen. De la Universidad arrasada surgirá un estudiantado diferente. Un caso único. Onganía no llevó a fondo la limpieza de la Universidad. Curioso: creo que hasta se olvidó de ella. Surgen las Cátedras Nacionales. El *nacionalismo* se une al proletariado peronista. Surge la cuestión nacional. El *nacionalismo* les es arrebatado a los anticomunistas, ultracatólicos, racistas del *tacuarismo* y es asumido por el estudiantado de formación hegeliano-marxista. Por los lectores de Sartre-Fanon. De Giap. Del Che. Surge la *izquierda peronista*. Que surge del estudiantado, de los estudiantes que entendieron la lección del golpe de Onganía: "No somos una isla democrática. Estamos tan desvalidos, tan a la intemperie como los perseguidos obreros peronistas". Algunos se preguntan (un poco retóricamente, conociendo la respuesta): ¿cuál es el *sujeto* de nuestro pensamiento revolucionario? ¿Cuál es la *materia* de la revolución en la Argentina? ¿Con qué tiene que trabajar la teoría revolucionaria? Con el pueblo peronista. Con los obreros peronistas. Y si lo quieren más claro: con los negros del peronismo. Hacia ahí hay que ir. Ahí hay que trabajar. ¿A quién adhieren ellos? Es hora de saberlo: nuestro *sujeto* revolucionario tiene un líder. Lo espera. Lo ve llegar en un avión negro. Es Perón, ese tipo que odiaban nuestros viejos (se dicen los jóvenes revolucionarios, los nacional-populares, los deslumbrados por la *cuestión nacional*). Hay que trabajar ahí. Si hay una revolución en este país *no puede desconocer su materia prima*. Entre tanto, unos jóvenes católicos, que no saben un pomo de marxismo, que apenas si oyeron el nombre de Hegel, que anduvieron con manoplas y cadenas, ex tacuaristas ahora peronistas, ejecutan el *acontecimiento* desde el que se ordena todo este relato. El *acontecimiento* que da unidad a todos estos hechos. Que actúa como el punto exquisito en que todos se fusionan. En que todos adquieren su máxima transparencia. Matan, en la localidad de Timote, a Pedro Eugenio Aramburu. ¿Asesinato, venganza, crimen, atentado o justicia popular? Todavía falta para ajustar esta conceptualización que –como la

mayoría de las cosas que tratamos aquí– no dejará contento a nadie. Pero este *acontecimiento* traza una línea: de Valle a Aramburu. La línea que traza no es previa al acontecimiento. *Es el acontecimiento el que traza desde sí, hacia atrás, esa línea, inexistente antes de él.*

NO HAY NECESARIEDAD DIALECTICA ENTRE VALLE-ARAMBURU

No hay una dialéctica interna, necesaria, inmanente, de la historia que lleve de Valle a Aramburu. No la hay porque la historia no es dialéctica, lo que ocurre en ella no ocurre *necesariamente*. Cuando sucede un hecho no se desprende, de él, otro que necesariamente lo sigue. La cadena dialéctica que otorgaba unidad al sistema hegeliano entró en crisis. Hoy, en un mundo en que los desarrollos de la historia pululan, en que los polos de historicidad no dejan de surgir, en que el caos es casi nuestra experiencia más cercana, en que el apocalipsis es más que una amenaza bíblica o la pesadilla de San Juan, es arduo sostener la certeza hegeliana de un devenir racional de la historia. Estas tesis –en los ochenta y aun en los noventa– fueron conocidas por medio de la exitosa moda posmoderna. Pero vienen de lejos. Y de fuentes más sólidas, más confiables. Los posmodernos, sin duda, se inspiraron en ellas. Pero nosotros pensábamos estas cosas acerca de la dialéctica mucho antes que ellos, porque habíamos trabajado antes, o porque ellos vinieron después. Por ejemplo: "La dialéctica, desde la perspectiva teórico-política de la periferia, lejos de ser una herramienta revolucionaria, ha sido una herramienta de colonización, en tanto siempre (ya sea en manos de Hegel o Marx) concibió a los territorios periféricos como un momento particular en el proceso de universalización emprendido por las burguesías europeas. Y este proceso, para nosotros: hispanoamericanos, se lo viera como se lo viese, santificado por el monarquismo del viejo Hegel o por el socialismo de Marx, *fue reaccionario*" (JPF, *Filosofía y nación, estudios sobre el pensamiento argentino*, Legasa, Buenos Aires, 1982, p. 100. El texto, en verdad, es de 1975. Dije bien: 1975. Pero no pude publicar el libro. Amorrurtu tenía el propósito de hacerlo en 1976. Mal momento). Sé que este texto ha puesto fuera de sí a ciertos fundamentalistas del marxismo o a destacados socialdemócratas de los ochenta, ligados al alfonsinismo, y luego amigos de las instituciones, la república y durante estos días apasionados militantes de la "nueva" Sociedad Rural, del "nuevo" agrarismo, de los "nuevos" terratenientes, de la oratoria del señor Miguens o del colorido lumpenaje –que recoge el espíritu de Don Segundo, la estirpe güiraldeana– de esos gauchos combativos, puros y fértiles como la tierra, que son los líderes de la Federación Agraria. Pero la dialéctica –al montarse sobre el desarrollo de la racionalidad occidental– exigió el sometimiento de todas las regiones donde ella entrara. Esto no lo voy a discutir otra vez. Ya fue pensado en *Filosofía y nación* y ha sido desarrollado en las dilatadas páginas de *La filosofía y el barro de la historia* que saldrá en octubre. Me refiero a otra cosa. La dialéctica –en Hegel y, por consiguiente en Marx, que lo siguió en este aspecto– introduce una linealidad en la historia, un proceso necesario, un decurso ininterrumpido, que expresa su racionalidad. (*Nota:* No puedo detenerme mucho en esto. Recomiendo leer el Epílogo de Marx a la segunda edición de *El capital*, fechado en Londres en 1873. Está en la edición de Siglo XXI, en la p. 20 del tomo I, volumen I. Marx lo dice con todas las letras: "En su forma mistificada, la dialéctica estuvo en boga en Alemania, porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina; porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado perecedero; porque nada la hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria".) Esta racionalidad implica que la dialéctica *no retrocede*. Es el concepto de superación de los contradictorios el que la hace avanzar. Las críticas empezaron a surgir por parte del gran enemigo del historicismo en el llamado siglo de la Historia: Nietzsche. En la *Segunda consideración intempestiva* (que habrá de ser el fundamento de la episteme histórica de Foucault) escribe sobre Hegel: "Tal concepción ha acostumbrado a los alemanes a hablar del 'proceso del mundo' y a justificar su propia época como la consecuencia ineludible del mismo (...). De este modo, para Hegel, la cima y el punto final del proceso del mundo hallan su culminación en su propia existencia berlinesa (...); ha implantado, en las generaciones acidificadas por su filosofía, esa admiración por el 'poder de la Historia' que transforma prácticamente todo momento en pura admiración del éxito, conduciendo así a la idolatría de los hechos" (Friedrich Nietzsche, *Segunda consideración intempestiva*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2006, pp. 114/115). La idea de "progreso" (*progreso dialéctico*) fue constitutiva de la izquierda. Desde el *Manifiesto* ya Marx había profetizado que la burguesía generaría a su propio enterrador, el proletariado. Esta misión poderosa llevó al genio del British Museum a visualizar en cada avance de la burguesía un avance de la Historia. Vaciló algo en sus años finales, pero levemente. El Epílogo de *El capital* que citamos es bastante tardío y ahí Marx se muestra más dogmático que nunca en relación con el tema. Está bien, así vio la cuestión. Benjamin –en sus *Tesis sobre Filosofía de la Historia*– hablará del Angel de la Historia (del Angelus Novus) y le hará ver una *cadena de ruinas* ahí donde Hegel y Marx veían un decurso racional, necesario, inmanente, dialéctico. Luego dirá: "Nada ha corrompido tanto a los obreros alemanes como la opinión de que están nadando con la corriente". Nosotros podríamos decir que poco nos favoreció creer –como buenos dialécticos– que el mundo marchaba necesariamente al socialismo. Hay centenares de frases en los más grandes pensadores de la revolución que expresan la certeza de que la Historia es incontenible, que marcha hacia la resolución de sus injusticias, hacia la derrota del colonialismo, del capitalismo. Tomemos la más poderosa por provenir de un poderoso pensador: "La descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasar su realización" (Sartre en su *Prólogo* al libro de Fanon *Los condenados de la Tierra*). ¿A qué viene todo esto? Buscamos transparentar lo siguiente: *entre la muerte de Valle y la de Aramburu no hay necesariedad alguna, no hay desarrollo dialéctico de la Historia, no hay sentido interno, no hay nada anterior ni interior que lleve forzosamente de una a la otra.* En suma, *no hay teleología*. Creer que la Historia es teleológica es creer que marcha internamente determinada hacia un fin. La palabra griega *telos* significa "fin". La teleología sería el estudio de la finalidad, el estudio de los fines. Detectamos una concepción teleológica de la Historia siempre que se encuentra en ella *algo* que necesariamente se cumplirá. La Idea en Hegel. La sociedad sin clases en Marx. El triunfo de la Ciencia en el positivismo. El triunfo de la técnica, de la sociedad de mercado, en el capitalismo. En Marx, en el marxismo o en el socialismo, el concepto ha colapsado dramáticamente. El proletariado –supuesto sucesor aniquilante de la burguesía– fue enterrado por ésta. El capitalismo se sucede a sí mismo. No hay dialéctica, sólo un *continuum*, un discurso interminable del capital que, triunfante en la Guerra Fría, se lanza a un esquema de "guerras preventivas" desastrosas y cuasi apocalípticas.

Siguiendo con lo nuestro: no hay una relación de desarrollo dialéctico entre Valle-Aramburu. No hay necesariedad. La habría si la muerte de Aramburu estuviera contenida en la de Valle, si todo lo que ocurre a partir del hecho sanguinario de la Penitenciaría Nacional ocurriera necesariamente hasta llegar a Timote. Así, la historia tendría un sentido interno, una *teleología*. No hay teleología. La historia es tan incierta como el átomo de hidrógeno para Werner Heisenberg. No bien se establece que el átomo puede existir, por lo menos, en dos formas diferentes, se acabaron las certezas infalibles de la física nuclear. Hay que aceptar el *principio de incertidumbre*. Hay que incorporar a la Historia el *principio de incertidumbre.* ¿Alguien todavía puede negar esto? Pero la incertidumbre no es el caos. En esto es que Foucault, basándose en la *Segunda intempestiva* de Nietzsche, se va bastante a los caños. Hay que leer, para comprenderlo, *Nietzsche, la genealogía y la historia*, un texto de 1971 que está en *Microfísica del poder*. Dice, ahí, Michel: "La historia será 'efectiva' en la medida en que introduzca lo discontinuo en nuestro mismo ser (...) Socavará aquello sobre lo que se la quiere hacer descansar, y se encarnizará contra su *pretendida continuidad* (...) Las fuerzas presentes en la historia no obdecen a un destino ni a una mecánica, sino al azar de la lucha. No se manifiestan como las formas sucesivas de una intención primordial; no adoptan tampoco el aspecto de un resultado. Aparecen siempre en el conjunto aleatorio y singular del *suceso*" (Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992, pp. 20/21. Cursivas nuestras). Bravo. No hay *destino* ni hay *mecánica*. Está el *azar de la lucha*. Las fuerzas no son *resultado*. Recordemos a Hegel: "El resultado es el resultado más todo aquello de lo que resulta" (cito de memoria). Y en lugar del *resultado*, el *suceso*. Que es el "acontecimiento". O el "evento". Este concepto nace en el Heidegger de *Identidad y diferencia*. Lo retoma Foucault. Lo continúa (como a tantas otras cosas de Michel) Deleuze. Y cae en manos de Badiou, que titula con él su extensísimo *El ser y el acontecimiento*. Entre tanto, Sartre, en la *Crítica de la razón dia-*



léctica, no ha tomado este concepto (Sartre, deliberada, apasionadamente ignoró al Heidegger posterior a *Ser y tiempo* y nada hay que reprocharle por eso) pero crea algo impensable para Hegel y Marx: una dialéctica de la libertad. No hay necesariedad alguna en la dialéctica sartreana. Hay un movimiento dialéctico que va de la totalización a la destotalización y a la retotalización. Aunque neguemos el sentido, finalista, teleológico de la dialéctica, la categoría de *totalidad* no será dejada de lado. Al unirla a la de acontecimiento es que nos diferenciaremos de las discontinuidades foucaultianas, demasiado semejantes a las tempestades dionisíacas de Nietzsche. Ahora, creo, podremos definir qué entendemos por *acontecimiento Aramburu*.

EL ACONTECIMIENTO ARAMBURU, ¿ASESINATO O AJUSTICIAMIENTO?

La muerte de Aramburu fue un acontecimiento en la historia argentina. Un acontecimiento o un suceso *no está fuera* de la historia, pero produce en él una condensación de sentido. Si Foucault, para eludir la Metafísica de lo Uno caía en una Metafísica de lo Múltiple, el acontecimiento produce una *Acumulación de lo Múltiple*. No es previo a nada. Puede ocurrir/Puede no ocurrir. No es necesario que ocurra. No responde a ninguna necesariedad, a ninguna teleología de la Historia. Pero una vez que ocurre funda una teleología, pero *hacia atrás*. Es el "acontecimiento Aramburu" el que nos permite trazar, partiendo de él, la sucesión de hechos que tuvieron que ocurrir para que ese acontecimiento se produjera. *El acontecimiento crea su propia teleología*. Elimina, desde sí, la visión azarosa de la Historia. Todos los hechos que –desde él– ahora se ordenan no se habrían ordenado si el acontecimiento no hubiera estallado. No podemos decir: "La muerte de Aramburu estaba en la lógica de los hechos". Porque no hay lógica de los hechos. La historia es incertidumbre. Pero una vez producido el acontecimiento podemos leer –hacia atrás– todo lo que contribuyó a producirlo y todo lo que no. Por ejemplo: el estreno de la película *Ben Hur*, en la década del sesenta, poco habrá contribuido a la muerte de Aramburu. El acontecimiento Aramburu la deja de lado. La candidatura de Horacio Thedy en no-recuerdo-qué-elecciones tampoco. El programa *Tropicana Club*, con Marty Cosens, María Concepción César y Chico Novarro, tampoco. La aparición consagratoria de la novela *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sabato, casi imposible. La serie televisiva del Canal 7 *Patrulla de caminos*, en que el fornido actor Broderick Crawford decía la célebre frase "20.50 llamando a Jefatura", menos. Pero hay muchos, muchísimos hechos que, leídos desde el *acontecimiento Aramburu*, se ordenan, tienen un sentido teleológico y nos entregan a la tentación de leer "en los hechos" todo lo que llevaba "inexorablemente" a ese hecho. Pero no: es al revés. Es ese hecho el que nos lleva, desde sí, a descifrar, en retroceso (en eso que Sartre llamaría una metodología "regresiva"), todo lo que tuvo que ocurrir para que Aramburu muriera. A su vez, el acontecimiento Aramburu abre una temporalidad de *persistencias*. No se agota, no muere en sí mismo. Se prolonga. En resumen: el *acontecimiento* crea una teleología hacia atrás y una persistencia hacia adelante.

Nuestra cuestión es ahora candente. Sería más sencillo para nosotros pasar esta cuestión por encima, pero hay que ir a fondo. La incómoda pregunta que exigirá una sólida (o lo más sólida posible) respuesta es: *¿La muerte de Aramburu fue un asesinato o un ajusticiamiento?* Que fue una venganza es tan obvio que casi no lo trataremos. Cualquiera advierte que se trata de una venganza: Aramburu por Valle. Pero aquí está en juego el tema de la justicia. Para Aramburu fusilar a Valle fue un acto de justicia. Un acto de un gobierno revolucionario que debía matar a los sediciosos que lo agredieran, que desconocieran su autoridad. Su legitimidad estaba dada por la ilegitimidad democrática del gobierno al que la Libertadora había derrocado. Nosotros, dirían y dijeron los "libertadores", no llegamos al gobierno en elecciones democráticas, pero nos vimos forzados a intervenir por la ilegalidad democrática en que había incurrido el gobierno que derrocamos. Somos, así, baluartes de la democracia, sus más puros defensores, pues hemos hecho por ella algo que no habríamos querido hacer: dejar nuestras específicas funciones militares, nuestro profesionalismo, y derrocar a un gobierno legítimamente elegido que se había ilegitimado en el ejercicio del poder. Una feroz dictadura sólo comparable con los fascismos europeos. De modo que si algunos mandos se sublevan en defensa de ese orden antidemocrático, ilegítimo, repudiado por la ciudadanía católica y culta de este país, por sus estudiantes y sus Fuerzas Armadas, les haremos sentir el peso de la ley. Nosotros somos la Justicia. Somos la Revolución de la Libertad. Les aplicaremos la justicia que merecen sus enemigos. De este modo, para Aramburu, matar a Valle fue justo, fue un acto de justicia revolucionaria. También, si se quiere, un acto de justicia democrática y republicana, pues fue en defensa de esos valores que esas vidas se segaron. La de Valle y sus secuaces. Para los Montoneros, matar a Aramburu fue un acto de justicia popular. Ellos expresaban el sentir del pueblo. El pueblo odiaba a Aramburu porque había derrocado a Perón, escamoteado el cadáver de Eva y fusilado a Valle y sus compañeros. Había, también, impulsado el decreto 4161. Ahí, ya había firmado su sentencia de muerte. La cuestión es: Aramburu dice representar a la democracia. Los Montoneros dicen representar al pueblo. ¿Es así? Si es así, ambos han cometido –eliminando cada uno la vida de su correspondiente condenado– un acto de justicia. Si no es así, han cometido un asesinato. Sin embargo, conjeturo, aunque la cuestión está certeramente planteada, no agota en modo alguno la densidad del problema. Aclaremos, en principio, algo, sólo una punta de la cuestión, una punta, creo, muy sugerente (por ahora): tanto Valle como Aramburu perdieron sus vidas, no bajo gobiernos democráticos, sino bajo durísimas dictaduras. Valle, bajo la dictadura de Aramburu. Aramburu, bajo la dictadura de Onganía. A Valle lo mata el jefe de la dictadura. A Aramburu, no. No lo mata Onganía. Lo mata un grupo civil, un grupo de jóvenes que se oponen a esa dictadura en la que ven una continuación, una heredera de la suya. Lo matan, también, porque creen que Aramburu es la pieza esencial para que la dictadura de Onganía pueda lograr una salida digna, democrática pero controlada por el poder "gorila" de siempre. Una perversa continuidad, en suma. Hay semejanzas. Y hay diferencias. Nada es reflejo de nada. Todo acontecimiento tiene su propia densidad. Está sobredeterminado. Y ni uno solo de sus elementos puede no ser puesto en juego si queremos lograr su total traslucidez. Si queremos *totalizar* sin haber dejado nada de lado, nada en el camino. Una *totalidad* contiene en sí todos los elementos que la constituyen, se relaciona con cada uno de ellos por mediación de las partes y las partes se relacionan con la totalidad y con las partes a la vez, por su mediación. Cada relación que se establece implica también una relación mediada por todos los otros elementos de la totalidad. Como se sabe: la totalidad no se reduce a la suma de sus partes sino que es siempre *más* que la mera suma de ellas. La totalidad es el *acontecimiento*, pero lo es en la forma del *acontecer* y no bien el acontecimiento se *acontecimentaliza* empieza su destotalización. Esta palabra –*évenementialization*– es de cuño foucaultiano y es Deleuze quien más la desarrolla. Pero si bien yo la utilizo para quebrar, para efectuar la *ruptura* de toda linealidad histórica, de toda necesariedad, de toda esa hojarasca que les fija a los hechos un devenir inexorable, de toda constancia, de todo *sentido* que se exprese internamente a los hechos, no acepto *en absoluto* los ataques a la antropología que Foucault-Deleuze –sin poder escapar del posestructuralismo– llevan a cabo. La historia, aun en la modalidad de la *incertidumbre* y precisamente por eso, está hecha por el ente antropológico, por los sujetos, en fin, por los hombres. Y el *acontecimiento*, aconteciendo, se impone a todos. Se destotaliza no bien acontece, pues de inmediato pasa a ser otra cosa. La que sigue al acontecimiento. La cual vuelve a expresar la incertidumbre habitual de los hechos hasta que otro acontecimiento los convoca. La historia no se fija en el acontecimiento. En él logra una inusitada condensación y traslucidez. Hay que atrapar eso que el *acontecimiento* nos dice. Pero el *acontecimiento* no dice *una cosa*. Los significantes que el acontecimiento arroja son infinitos. ¿Cuál es el significado definitivo del significante *Aramburu*? No hay uno, son infinitos. Entramos en el terreno de la hermenéutica. Ella, en tanto disciplina de la *interpretación*, será el espacio en que se juegue la *verdad* del significante *Aramburu*. Pero la *verdad* es hija del *poder*. En resumen, y acaso instrumentando una terminología que a algunos les sonará sartreana, *hay un en-sí y un para-sí del acontecimiento*. El *en-sí* son todos los hechos que el acontecimiento, desde sí, constituye *hacia atrás* como su propia teleología, que no podría existir previa al acontecimiento. Ya que es él, insistimos, el que la instaura al *acontecimentalizarse*. Esos hechos, que recién ahora forman una *cadena de datos*, son el *en-sí*, la *materialidad* del acontecimiento. El *para-sí* es más complejo. El acontecimiento no toma conciencia de sí por sí mismo, a partir de sí o desde sí. ¿Dónde toma conciencia de sí el acontecimiento? *Afuera de sí*. En las infinitas interpretaciones que de él se realizan. Esto es relativamente sencillo. ¿Cuántas interpretaciones del acontecimiento Aramburu hay en juego? Muchas. Tantas, como fuerzas políticas diferenciadas existen. Esas, digamos, lecturas del acontecimiento son su *para-sí*. El acontecimiento trama fuera de él su conciencia de sí. Él no puede elaborarla. El acontecimiento no piensa, es pensado. No interpreta, es interpretado. No hay jamás una interpretación definitiva. Es decir, *el acontecimiento está siempre en estado de interpretación*. Su en-sí queda trazado no bien acontece: sabemos, desde él, los hechos que han llevado hasta él. Jamás sabremos dónde habrá de detenerse la tarea hermenéutica. Hay y habrá muchas interpretaciones del "aramburazo", es decir, del significante Aramburu o de, más exactamente, el acontecimiento Aramburu. Nos vamos a pasar la vida discutiendo si fue un asesinato, un atentado, un crimen, un fusilamiento o una venganza. Esto no se detiene nunca. En esas controversias el acontecimiento es pensado. En ellas adquiere, contradictoriamente, conciencia de sí. Sólo que esta conciencia de sí, como el para-sí sartreano, es *diaspórica*. Nunca es una. Nunca un acontecimiento reposa en la mismidad de una sola interpretación. Nunca atraparemos su verdad definitiva. Sería hacer de él una *cosa*. El acontecimiento sigue vivo en la medida en que aún no se ha instalado *una* verdad sobre él. Nietzsche dijo: *no hay hechos, hay interpretaciones*. Más aún del acontecimiento, que lleva en sí múltiples caminos que han confluido hacia él. Lo que puede establecer, por sobre las otras, *una* interpretación es la fuerza. Es la fuerza que tiene el *poder*. Foucault analizó bien la relación entre *verdad* y *poder*. La vamos a exasperar un poco: *La verdad es una creación del poder. La "verdad" no existe. Lo que existe es la verdad del poder. Tener poder es obligar a los otros a aceptar mi verdad como la verdad de todos.* Si en este país la *verdad* del diario *La Nación* tal como –veremos– la expresa José Claudio Escribano se impusiera por sobre todas las demás tal como los intereses de ese sector se impusieron a partir de 1976, la verdad del acontecimiento Aramburu sería: fue un asesinato y sus ejecutores fueron vulgares delincuentes, vulgares asesinos. Entre 1976-1983 ésta fue la verdad. La lucha por la verdad es la lucha por el poder. Aquí es donde llegamos a la importancia de los medios de comunicación. La acumulación de medios es la acumualción de poder para imponer verdades. El que tiene más poder comunicacional tiene más poder para imponer o crear verdades. Tenemos, pues, que ir de a poco. Vamos a dejar –en principio– que sean los mismos Montoneros quienes nos cuenten cómo mataron al fusilador de Valle.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El acontecimiento Aramburu (III)